



Tizas de colores

Ximo Cerdà

Ilustraciones de Roser Argemí



Premio Algar
de Novela Infantil

algar



1

—¡Vamos a morir!

Eran las doce de la mañana del cuatro de febrero cuando la vieja Klitschko, la anciana del tercer piso, gritó aquella frase por primera vez. Y, a diferencia de lo que acabaría sucediendo los días siguientes, en aquella ocasión nadie estalló en carcajadas.

Estaban demasiado ocupados intentando no caer presas del pánico y buscando un lugar donde refugiarse de las bombas.

Hasta el momento en que habían empezado las explosiones, había sido un día *casi* normal. Fijaos en que digo *casi* y no *normal* a secas,

porque, de un tiempo a esa parte, el mundo parecía haber enloquecido de repente.

Natasha había averiguado algunas cosas sobre la extraña situación en la que se encontraban inmersos, pero, desde luego, no todas. Todavía quedaban muchos huecos por rellenar. La visión de Natasha es muy importante, ya que puede decirse que ella es la protagonista de nuestra historia. Por lo pronto, y gracias a un intenso proceso de investigación, había logrado sacar en claro:

- Que al dirigente de un país vecino se le habían cruzado los cables y se había vuelto turulato. Más o menos.
- Que quería quedarse con ciertas cosas que solo se encontraban en el país de Natasha. O algo así.
- Que el dirigente del país de Natasha había dicho «ni pensarlo». O «no lo verán tus ojos». U otra frase parecida que en el fondo quería decir que no.
- Que, en lugar de hacer las paces y arreglarlo, como habría hecho cualquiera de

los compañeros de clase de Natasha tras discutir en el patio del colegio, se habían enfurruñado.

Así que, en lugar de apaciguarse, la cuestión se había ido caldeando y la vida cotidiana se había enrarecido. Y todo había cambiado de la noche a la mañana. De pronto, los parques estaban más vacíos de lo normal, costaba encontrar algunos productos en los supermercados y los mayores salían a la calle con aire suspicaz. Se decía que los jóvenes que superaban cierta edad estaban siendo reclutados para algo llamado «defender la patria» que nadie había conseguido explicarle. En la televisión nacional ya casi nunca ponían series de dibujos animados; durante la mayor parte del día, solo se emitían soporíferos programas en los que aburridos tertulianos decían cosas incomprensibles con la cara muy seria.



Y a Natasha se le ponía la piel de gallina cuando alguno de esos tertulianos pronunciaba aquella horrenda palabra, que sonaba peor que el peor de los tacos: «guerra».

